

9 de abril

El mismo que, sobre el madero, llevó nuestros pecados en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia: con cuyas heridas habéis sido curados.

1 Pe 2,24

Dejamos que los niños se caigan para que aprenda a levantarse, una herida, una cicatriz y listo, a jugar de nuevo; conforme van creciendo las caídas van aumentando, el tiempo transcurriendo y en ese transcurrir aquel que levanto al niño no estará ahí para levantarlo, es entonces que esa caída dará origen a una herida que brotará en el Alma, heridas que son difíciles de sanar. Así nacen los miedos, pues sus cicatrices interiores son testimonios del sufrimiento de las heridas.

Sin embargo, un guerrero se forja a través de las heridas, vuelve a la batalla sin importar que tan lastimado esté del cuerpo y del alma, porque sabe que si sufre otra herida tal vez sea la última, pero lucha por sus ideales y sabe que aunque muera sus ideales prevalecerán.

¡Hay que curar nuestras heridas internas para volver a luchar en la vida por nuestros ideales! Sabemos que nuestros ideales son más valiosos y aunque nos vuelvan a herir, habremos trascendido y viviremos por siempre en nuestros ideales.

Las cicatrices son los trofeos del alma.

